

Zenón de Citio y la filosofía estoica

Nació en la ciudad de Citio, Chipre, en 333-332 a. C. Falleció en 262-261 a. C en Atenas. Desde adolescente leyó diálogos platónicos. Primero siguió las enseñanzas de Crates y, posteriormente, entró en la escuela de Estilpón. Se señala que sus fuentes filosóficas principales o más importantes son Heráclito y los cínicos.

Tras años de estudio y reflexión, inauguró su propia escuela, aunque al principio se limitaba a reunirse con quienes querían oírlo. Sus reuniones tenían lugar en un pórtico polícromo, llamado Peisianactio, de ahí la denominación que se les atribuyó, «estoicos», de *Stoá*= pórtico.

Cabe destacar que, a pesar de sus reflexiones sobre filosofía política, nunca intervino en la política de Atenas. No obstante, los atenienses lo honraron ofreciéndole las llaves de la ciudad, lo coronaron con una áurea diadema y le levantaron una estatua.

Sus obras, aún hoy en día, esconden muchos misterios y no se sabe exactamente la cronología de dichas monografías; también hay dudas sobre ciertas obras que se le atribuyen, pero posiblemente no sean de su autoría. Se puede afirmar con tranquilidad que su obra más antigua es la *República*. Diógenes Laercio nos informa de que Zenón la compuso mientras estaba aún en la escuela de Crates. En ella expone ideas fundamentales del cinismo acerca de la sociedad, del Estado y de la cultura. Se presenta como una réplica a la *República* de Platón y ofrece un modelo contrario al que esta propone. En *Sobre la vida conforme a la naturaleza*, se ocupaba de los fundamentos de la ética e intentaba determinar en qué consiste ese vivir de acuerdo con la naturaleza. En el tratado *Sobre las pasiones*, discutía uno de los temas claves de la moral estoica; Zenón se oponía a la moral aristotélica. En *Sobre la educación griega*, subraya la importancia de formar al hombre como «ciudadano del mundo». Y, finalmente, cabe destacar su obra *Ética*, que se constituye como una síntesis de la filosofía moral de Zenón.

Hecatón y Apolonio de Tiro, en el primer libro *Sobre Zenón*, cuentan que, al preguntar este a un oráculo qué debía hacer para vivir del mejor modo, el dios le respondió: «Estar en contacto con los muertos». Por lo cual él, habiendo comprendido, se dedicó a leer a los antiguos. Se dice que Zenón fue el primero que usó el nombre *kathekon*, es decir, 'deber', y que escribió un libro acerca de él. Y que de esta manera transformó los versos de Hesíodo: «Excelente es aquel que sigue a quien habla, aunque tampoco es malo quien por sí mismo logra saberlo todo». Opinaba que es mejor el que puede escuchar a quien habla bellamente y sacar provecho de ello que el que todo por sí mismo lo consigue: este solo posee inteligencia; el que obedece al bien tiene también la práctica.

Ahora que nos hemos acercado al fundador del estoicismo, pasaremos a entender cómo pensaban los estoicos. No es ningún misterio que los antiguos filósofos no se

dedicaban a una rama del conocimiento, sino que entrelazaban física con ética, biología con lógica y un sinfín de campos. Los estoicos coinciden en entender la filosofía como el conocimiento previo que permite al hombre poner en práctica la virtud. Para ellos, antes de pasar a la acción, ha de mediar el conocimiento de la virtud. De ahí que a la lógica le compete el proporcionar criterios veraces en los que luego poder asentar la acción adecuada; y que, a su vez, la física se encargue de dar una comprensión del mundo todo, para que el actuar del hombre se adecue precisamente al mundo y su desenvolvimiento. Para los estoicos, filosofía y virtud están indiscutiblemente ligadas.

Zenón dividió su filosofía en tres partes: física, lógica y ética.

En la física, afirma que la realidad procede de dos principios: la causa y la materia o el principio activo y el pasivo. La materia es inerte y es la causa la que la anima y le da forma, que para los estoicos se identifica con Dios. Por lo tanto, la realidad tiene forma y está animada. Diógenes Laercio nos cuenta que Zenón se regía por los postulados tradicionales de los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra. Estando de acuerdo con Heráclito, nuestro autor afirma que el pilar es el fuego y que todo está cambiando constantemente. Podemos vincular fácilmente a Dios con el fuego porque es el que anima las cosas y las impulsa. Los estoicos nos demuestran la existencia de Dios utilizando los siguientes argumentos:

- a) El orden y armonía que se dan en el universo: no pueden deberse al azar ni al hombre, ya que tiene limitaciones.
- b) El consentimiento de todos los pueblos: todos los pueblos afirman que hay dioses más o menos perfectos.
- c) La adivinación: de no haber dioses, no sería posible prever el futuro; solo es posible predecir lo que ya está predeterminado a que suceda.

Dato más interesante es el que nos proporciona sobre el hombre. Este es entendido como un microcosmos compuesto por cuerpo y alma. El cuerpo es tierra y agua, mientras que el alma es una chispa de fuego desprendida del fuego divino. Así pues, según los estoicos, en todos nosotros hay algo divino.

La lógica, a diferencia de Aristóteles, deja de ser una herramienta para obtener el conocimiento y se vuelve tan importante como la física y la ética. La dividen en dos partes: la primera es la dialéctica, que consiste en sucesivas discusiones a través de preguntas y respuestas. Y la segunda, la retórica, que se basa en la disertación bajo la recta disposición del raciocinio.

Los estoicos eran unos materialistas empedernidos y nos explicaban que el conocimiento procede de los sentidos, por lo que los conocimientos comunes se

observan y no aparecen por intuición divina. Jesús Álvarez Calle explica de manera magistral cómo los estoicos conciben el conocimiento: «Los estoicos conciben la mente o entendimiento como una tabla rasa, en la que nada hay de antemano impreso, ya que primero son los sentidos los que captan el objeto y, posteriormente, la imagen se graba en la mente. Es gracias a la percepción sensible como la mente elabora las representaciones sensibles, a las que retiene y agrupa. Podemos decir que la mente se limita a copiar y a representar lo que a ella llega desde el exterior, del objeto externo en cuanto existe corporalmente».

El lector se habrá dado cuenta de que en múltiples ocasiones lo que a una persona le puede parecer una situación complicada, a su compañero no le supone ningún esfuerzo o ningún motivo para alterarse; o simplemente diferimos en la percepción de un hecho y cómo clasificarlo. Sírvanos de ejemplo el robo: para la persona perjudicada, lo más justo sería imponer la mayor pena posible e intentará hacer que su historia parezca más conmovedora con el fin de conseguir dicho propósito. En cambio, para el ladrón, haberle robado el móvil a la otra persona no ha sido un acto demasiado importante, ya que él se dedica a robar cosas de más valor. Entonces, ¿cómo sabemos discernir los hechos? Crisipo nos ayudará a resolver este problema: para saber que nos encontramos ante una evidencia, deben cumplirse varias condiciones:

- Que los órganos de los sentidos se encuentren en perfecto estado funcional.
- Que la distancia del objeto a percibir no sea excesiva con respecto al perceptor.
- Que la duración del proceso de percepción haya sido adecuada y se haya llevado con detenimiento.
- Que nada ni ningún objeto haya perturbado la percepción y que, contrastada esta percepción en concreto con otras efectuadas en situaciones lo más similares posibles, se haya llegado a idéntico resultado.

Siguiendo estas pistas, concluimos que no sería justo dejar que la víctima castigase al ladrón, porque él fue el sujeto al que se le privaba de su móvil. Además de ser el perjudicado, se encontrará en un estado de ira y resentimiento por lo sucedido. Tampoco sería prudente escuchar al ladrón, porque para él lo mejor sería quedar impune porque robar un móvil no es lo mismo que robar un coche. Para ello tenemos al juez que, como persona neutral, observa los hechos sin favorecer a ninguna de las partes y estudia el caso para poder dictar una sentencia que se ajuste a lo ocurrido. En el día a día debemos ser nuestros propios jueces, aprender a disipar la niebla de emociones que nubla nuestro raciocinio y pensar más de una vez en las acciones que realizaremos.

Hemos imaginado una situación muy simple, pero realmente estos principios se deben extender a todos los escenarios de la vida: ¿me he enfadado con razón con mi amigo o

soy yo el que ha magnificado el mal? ¿Esa persona que sin querer ha golpeado mi coche merece que le grite? ¿Es justo enfadarme con mi madre porque no ha hecho mi plato favorito cuando se lo había pedido explícitamente? A priori, estos ejemplos son muy tontos, pero Séneca, en su obra *La ira*, nos recuerda que la peor ira surge de las situaciones más nimias.

Finalmente, la ética está fuertemente enlazada con la física, ya que, si el hombre es un microcosmos, nosotros debemos acercarnos lo máximo posible a la armonía y al orden del universo. Así pues, encontramos el lema «Vivir en consonancia con la naturaleza». Siguiendo esto, obtenemos la máxima ética estoica: adecuar la conducta humana, empleando la razón, a la armonía de la naturaleza y del universo.

Esto nos puede parecer un cajón de sastre porque ¿cómo conseguimos esa armonía? Mediante la virtud. Por consiguiente, la virtud será un movimiento del alma conforme a la naturaleza: «La virtud es una disposición a vivir según la naturaleza; ella es deseable por sí misma, no por algún tipo de miedo o esperanza o por cualquier causa externa; en ella reside la felicidad, ya que ella es como un alma hecha para armonizar toda la vida».

Cabe destacar cómo infravaloran los estoicos las pasiones o emociones. Las pasiones son desviaciones de rectitud que alteran el sano juicio y perturban el orden del cosmos. El hombre conseguirá la armonización con el universo cuando haya alcanzado, tras el bastarse a sí mismo, la imperturbabilidad o impassibilidad. No debe dejarse influir, y menos abatir por ningún tipo de sufrimiento, ni físico ni moral: «Has de ser como una roca contra la que se estallan todas las olas. Ella está firme y el oleaje se amansa en su derredor».

Como rocas hemos de ser, esta es la enseñanza que ha sobrevivido más de dos mil años, y hoy debemos aplicarla como nunca. No tengamos miedo, estemos en contacto con los muertos, como hizo Zenón, y echemos la vista atrás para observar todo lo que nos enseñan estos ilustres hombres. Las leyes de la física han cambiado a lo largo del tiempo, pero las leyes que son buenas para el alma se han mantenido como rocas.

Bibliografía:

Álvarez Calle, J. (1988). *La filosofía en Grecia y en el Imperio romano* (1.ª ed.). AUTOR-EDITOR DE OBRA PROPIA.

Cappelletti, Á. J. (2016). *Los estoicos antiguos* (Biblioteca Clásica Gredos n.º 230 ed.). Gredos.